

Referenz	Belege <sup>1</sup>	Quelle
BE-RAE 4	Ben no <b>alquiló</b> el primer apartamento de su lista, porque resultó ser una caja de zapatos de dudoso uso y procedencia. Tras la visita, se sentó a tomar un café en el local que había en esa misma calle, para levantar los ánimos, y se dirigió al segundo.	Casanovas, Anna: Fuera de juego. Madrid: Harlequín Ibérica, 2015.
BE-RAE 5	Crown ejercía en Madrid la profesión entonces prácticamente desconocida de broker internacional de las compañías petrolíferas que dominan el mundo y se mantenía en contacto permanente con ellas a través de una oficina que había <b>alquilado</b> en la céntrica calle de Ríos Rosas, una covacha en la que entre recovecos y galerías interminables flotaba en absoluto descuido una complicada trama de cables, télex, teléfonos, mapas, documentos y papeles sólo descifrables por el propio [...]	Armas Marcelo, Juan José: Madrid, distrito federal. Barcelona: Seix Barral, 1994.
BE-RAE 6	[...] cuenta de que, tras pagar la cena en un restaurante elegido por ellos según generosos criterios, sobre todo si sucedía en un mes en el que hubiéramos sido demasiado flexibles en el gasto, a lo mejor atravesábamos días en los que debíamos conformarnos con pasta y arroz, o de que los escasos dispendios que cometíamos, tales como <b>alquilar</b> algunos veranos una casa en la costa o sustituirla por un viaje apetecido pero modesto, corrían casi siempre a cuenta de Marta. Hacíamos cuanto deseábamos, siempre que no esquilmará nuestros recursos, sin pensar en el mañana, respondiendo a querencias inmediatas.	Giralt Torrente, Marcos: Los seres felices. Barcelona: Editorial Anagrama, 2005.
BE-RAE 7	Las investigaciones policiales van estrechando cada vez más el círculo. Juan José no se conforma con la vida humilde que lleva en el barrio de La Mina y busca un piso en la zona más cara de Barcelona, <b>alquila</b> también una plaza de aparcamiento para su moto en el parking de la calle Bertran pero sólo pagará un mes, porque pronto tendrá que irse del barrio ya que no puede llevar ese nivel de vida. Recurre a la agencia rusa de contactos para buscar novia.	Sala, Neus: «El asesino del Putxet». Jiménez, Rafael: Barcelona negra.

<sup>1</sup> Hinweis: Die Belege sind Ausschnitte aus einem Text und wurden den zitierten Korpora direkt entnommen. Aus diesem Grunde sind die Textpassagen teilweise unvollständig. Eventuell auftretende Fehler (Orthografie, Interpunktion etc.) wurden für diese Listen nicht korrigiert. Für eine bessere Lesbarkeit wurden allerdings die im Korpus auftretenden Steuerzeichen in HTML entfernt.



COMBIDIGILEX  
ALQUILAR – BELLETRISTIK

		Barcelona: Planeta, 2009.
BE-RAE 9	[...] el mundo que te han llamado del Instituto Pasteur de París y les explicará con pelos y señales la importancia de ese trabajo. Ya lo hizo con la beca, así que ahora imagina... Y además nada es definitivo, la vida da muchas vueltas y París no está tan lejos, hay tren y vacaciones. Y tú puedes permitirte <b>alquilar</b> un apartamento en París. En cuanto te descuides se te va a descolgar por allí media Brétema.	Mayoral, Marina: Deseos. Madrid: Alfaguara, 2011.
BE-RAE 10	[...] el humo de la ganja y del charas (nombres locales de la hierba y el hachís) ni por la locura del montañismo ni por el zaragatero tráfico de gráciles, afiligranadas y selectas prostitutas impúberes de sangre azul <b>alquiladas</b> o vendidas a precios irrisorios, sino por algo tan evidente e imponente (y a la vez tan sencillo) como la arquitectura, la religión, las costumbres y el paisaje.»	Sánchez Dragó, Fernando: El camino del corazón. Barcelona: Planeta, 1993.
BE-RAE 11	Sabíamos bien que en Hendaya siempre había viviendas que se <b>alquilaban</b> durante el verano y sospechábamos, lo que resultó ser cierto, que si uno llegaba en abril podía alquilar algo por varios meses a precio mejor que el del verano. Buscamos, y encontramos. La familia Aldasoro, llegados a Hendaya de refugiados desde un caserío cercano a Oyarzun en septiembre de 1936, junto con los que habíamos salido [...]	Blanco Aguinaga, Carlos: De mal asiento. Madrid: Caballo de Troya, 2010.
BE-RAE 12	[...] ahora todo ha terminado?, se pregunta. ¿El pianista de nueve dedos está condenado a ser un fenómeno de feria? Tal vez ni siquiera eso cabía esperar, puesto que en casa seguía sin haber dinero para más clases —suponiendo que el profesor Emery quisiera retomar algún día al alumno de nueve dedos— y mucho menos para <b>alquilar</b> un piano, y no digamos para comprarlo. Ya veremos si puede ser más adelante, le había dicho su madre al quitarle las clases. No hay mal que cien años dure, hijo, y de momento, si tanto te gusta la música, ¿por qué no te entretienes con una armónica?	Marsé, Juan: Caligrafía de los sueños. Barcelona: Lumen, 2011.
BE-RAE 13	A Olivia lo que le gusta los domingos por la tarde cuando hace bueno es ir al parque del Retiro y <b>alquilar</b> una barca con sus amigas. Con los ojos cerrados, una mano colgando indolentemente sobre la borda, el frescor del agua trepando por los dedos, el sol calentándole la cara, el ruido de los remos al entrar y salir del agua, risas, gritos alegres, el lento mecerse de la barca [...]	Ovejero, José: Nunca pasa nada. Madrid: Alfaguara, 2007.

BE-RAE 15	4.º En Pisa -para estar cerca de Florencia y de los Gamba- Byron <b>alquiló</b> la casa Lanfranchi, un gran palacio. El primer piso, como solía, quedó saturado de animales. Cuervos y grullas, junto a gatos y perros, se unieron a los monos. Nadie debía molestarles.	Villena, Luis Antonio de: El burdel de Lord Byron. Barcelona: Planeta, 1995.
BE-RAE 16	[...] tantas veces que Marina se fuera a veranear con sus amigas para darle a Alfonso la oportunidad de apellidarse Rodríguez por unos días. Entonces podríamos quedar los dos solos y salir a cenar algo o irnos al cine. Aunque en realidad, a Alfonso y a mí lo que nos gusta es estar en casa. Nos <b>alquilamos</b> un vídeo, compramos unas cervezas y nos sentamos tan ricamente en el sofá con los pies en alto. Además, no solemos cenar fuerte: una ensalada, un yogur... pero eso sí: el cubata tras el postre no nos lo quita nadie.	Cebrián, Mercedes: «Del verbo perder». El malestar al alcance de todos. Barcelona: Random House Mondadori, 2004.
BE-RAE 17	No tengo intención de <b>alquilarlo</b> , fue todo lo que dijo. Dispón de lo que hay aquí dentro a tu manera.	Lago, Eduardo: Llámame Brooklyn. Barcelona: Destino, 2006.
BE-RAE 18	Mi familia pasaba los dos meses de verano en la playa, en un apartamento minúsculo que <b>alquilábamos</b> todos los años. Mi padre se escapaba una quincena en julio y otra en agosto para estar con nosotros, mi madre tenía un mes de vacaciones pagadas y se tomaba otro por su cuenta, su jefe se lo permitía porque en verano había mucho menos trabajo y así se ahorraba un sueldo, y todos contentos.	Turbau, Imma: El juego del ahorcado. Barcelona: Mondadori, 2005.
BE-RAE 19	Es cierto que Jelen le animaba a que cogiera el tren y sobre todo a que <b>alquilara</b> una habitación en la pensión que había en la plaza de Combray y así se pudiera dedicar en cuerpo y alma, además de a ella, a concluir de una vez por todas la novela del abuelo sin preocuparse del asunto económico, porque ella prometía mantenerle.	Bodegas, Ramón: El ciclista solitario. Madrid: Ediciones Siruela, 2004.

BE-RAE 20	[...] las noticias son de algo que se ha vuelto asesino. ¿Los perros? Asesinos. ¿Las medusas? Asesinas. ¿Los mosquitos? Asesinos. ¿Los apartamentos?... Carísimos, pero ves la birria que has <b>alquilado</b> y lo que te van a cobrar y te dan ganas de asesinar al que te lo alquila.	«Espectáculos y sociedad. La vida moderna». El Club de la Comedia. Qué mal está repartido el mundo... y el universo ni te cuento. Madrid: Aguilar, 2011.
BE-RAE 21	-Se supone que la <b>alquilas</b> . ¡Se supone, vamos! ¡¡A lo mejor es que eres una persona de esas que mienten!!	Especialistas secundarios. Podría ser peor. Barcelona: Libros del Silencio, 2010.
BE-RAE 22	[...] había concedido ningún hijo varón y sí seis niñas, la menor de las cuales, que andando el tiempo había de ser mi madre, no había nacido aún cuando la familia se trasladó del callejón sombrío a un piso sito en la Gran Vía, con mucho la calle más ochocentista del Ensanche. Por su gusto, el abuelo habría <b>alquilado</b> el piso principal, el más grande y suntuoso del inmueble, como su nombre indica. Al principal se accedía -y todavía se accede en las casas de esa época- por una escalera amplia, de mármol, que solo conducía allí: al principal, cuyos inquilinos, en virtud de esta ingeniosa disposición, no tenían que	Mendoza, Eduardo: «A modo de epílogo. Escenas y retratos familiares con Barcelona al fondo». Bellver, Sergi; Soto Ivars, Juan [eds.]: Mi madre es un pez. Barcelona: Libros del Silencio, 2011.

BE-RAE 23	[...] a la calle... Pedí para él una limonada y un vasito de grappa para mí, por si lograba reanimarme. Entonces Pietro - cuyo bozo oscurísimo sobre el labio en nada conturbaba la clara delicadeza de sus ojos- se me aproximó, muy secreto, susurrándome: Aquí arriba, signore Melmoth, puede usted <b>alquilar</b> una cama... Todos son amigos. ¿De quién?, estuve por preguntar, sorprendido y alarmado. ¿Amigos, de quién? ¡A mis años, Señor! Y el genio del paganismo -aquel mismo genio del paganismo- me llevó tiernamente la mano a su bragueta, bajo la penumbra de la mesa [...]	De Villena, Luis Antonio: La nave de los muchachos griegos. Madrid: Alfaguara, 2003.
BE-RAE 24	Abul Son <b>alquilados</b> para el semáforo, están enseñados y saben cuándo tienen que llorar por el ruido del motor del coche. Cuando se acerca el coche utilitario, ni se inmutan.	Alonso Millán, Juan José: Sólo para parejas. Comedia dividida en dos partes. Madrid: SGAE, 1995.
BE-RAE 27	[...] pero una serie de incendios intencionados ocurridos en Bayona en las semanas siguientes levantaron sospechas y Santiviáñez, junto a otros, fue a parar a la improvisada cárcel organizada para tal fin en la casa que el general Resnier <b>alquiló</b> en la rue de l'Orbe.	Fajardo, José Manuel: La epopeya de los locos. Barcelona: Seix Barral, 1990.
BE-RAE 28	[...] con un cojín de gomaespuma envuelto en terciopelo. Las segundas mejores localidades eran sillas plegables de madera como las que se usan en las salas parroquiales, mientras que las localidades altas, hasta un total de quince o veinte filas, eran simples tablonces de madera como media plaza de toros portátil, sobre un andamiaje tubular. Se <b>alquilaban</b> almohadillas. El festival era mozartiano. Algunas damas del público iban vestidas con esa elegancia que consiste en improvisar un vestido de noche con las cortinas del dormitorio, pero en general se registraba cierto informalismo estival que en el Mediterráneo siempre es sofisticado.	De Lope, Manuel: Azul sobre azul. Barcelona: RBA, 2011.



COMBIDIGILEX  
ALQUILAR – BELLETRISTIK

BE-RAE 29	Bajar al videoclub para <b>alquilar</b> una de esas películas de las que habló ayer. Calado. Dos calles más abajo, otro videoclub. Empapado. De una máquina tres bolsas de gominolas, de las que le gustan. Guardarlas aprisa en mi chubasquero para que nadie me pida durante el camino y, al llegar, puedan estar esperando por ella [...]	Fernández, Chus: Defensa personal. Madrid: Editorial Castalia, 2003.
BE-RAE 30	[...] mismo que un náufrago agarrado a un trozo de madera en medio del mar. Volvió a cerrarla y encendió la televisión, pero la apagó enseguida porque comprendió que lo que él necesitaba no era ser espectador de vidas ajenas sino protagonista de la suya propia. Necesitaba actuar. Tenía que hacer algo, salir a la calle, <b>alquilar</b> un piso, hablar con Mercedes, cualquier cosa menos seguir allí tumbado, mirando al techo, esperando que sonara el teléfono y fumando entre trago y trago mientras se sentía miserable por estar ocupando una casa que ni siquiera le pertenecía.	González Moreno, Pedro A.: Los puentes rotos. Madrid: Calambur, 2007.
BE -RAE 31	Cuando pisó Olbia sintió algo parecido a lo que había sentido horas atrás en Washington al dejar su antigua casa, se le aligeró la presión en el pecho y respiró con mayor facilidad. Su trayecto aún no había terminado, todavía tenía que recoger las llaves del coche que había <b>alquilado</b> , también antes de abandonar los Estados Unidos, y conducir hasta el pueblo de Arzachena donde contaba con poder visitar el primer apartamento que le interesaba. Pero era el principio.	Casanovas, Anna: Fuera de juego. Madrid: Harlequín Ibérica, 2015.
BE-RAE 32	[...] ni el Indio ni Conrado ni una asturiana que hacía versos ni dos espontáneos que se añadieron al grupo, aparecieron por allí. Empezamos a hablar en los Campos Elíseos, seguimos hablando en la plaza de La Concordia, y continuamos en las orillas del Sena, en el barrio latino y en la chambre de bonne que habíamos <b>alquilado</b> a una viuda de Montmartre, mientras su sirvienta estaba de vacaciones.	Chozas, Mercedes: Las horas náufragas. Madrid: Calambur, 2006.
BE-RAE 33	[...] era una ciudad sucia y detestable habitada por devoradores de paella valenciana que gritaban con la boca abierta. Siempre gritaban. Le daban asco las falleras gordas con peineta de latón y un murciélago en la peineta. Pansy <b>alquiló</b> un típico vestido de valenciana que olía a sudor de fallera perpetua. Estuvieron todos los días presenciando la mascletà en la horrenda plaza del Caudillo entre masas de valencianos fanfarrones y desfilaron toda una tarde detrás de una banda de [...]	Carrión, Ignacio: Cruzar el Danubio. Barcelona: Destino, 1995.

BE-RAE 35	Como el Cardenal Ozores jugaba a veces en el Campo de las Calaveras, con portería y campo señalado, decidieron que entre todos los que se alinearan en cada partido podían <b>alquilarme</b> el balón. Así lo hicimos. Yo les alquilaba el balón por un precio módico, veía el partido y al cabo de pocos meses había obtenido lo que el balón le costó a mi padre [...]	«Fernando Fernán Gómez». Fernán-Gómez, Fernando: Cuentos de Fútbol. Madrid: Alfaguara, 1995.
BE-RAE 36	Mandé un mail hace unas semanas, para <b>alquilar</b> la habitación.	De la Iglesia, Alex; Guerricaechevarría, Jorge: Los crímenes de Oxford. Madrid: Ocho y medio, 2008.
BE-RAE 38	[...] falta un compañero. Prefirió sin embargo sacrificarse a que los remordimientos le agobiaran y, por atender a su hijo, renunció a sus correrías nocturnas. Llegaba a casa cuando el segundo telediario, cocinaba unos congelados para el chico y se sentaba a su lado en el sofá del salón a ver la tele o las películas que <b>alquilaban</b> . En los momentos emocionantes la madre le agarraba de la mano y el chico transigía. Pero ni comentaban las escenas ni la madre le ayudaba a repasar las lecciones porque se consideraba burra e insegura, y también para no discutir.	Longares, Manuel: «Amores. Livingstone». La ciudad sentida. Madrid: Alfaguara, 2007.
BE-RAE 39	[...] les han metido desde entonces en la cabeza y en el alma. Que se volcaran para sernos útiles Teresa o Georgette parecía normal; pero, ¡qué sorpresa los vecinos de la calle Duncan, en particular nuestra inolvidable Misses Chapman! Su marido era cartero y la casa de los Chapman, contigua a la que yo había <b>alquilado</b> , era propiedad suya (con una hipoteca a treinta años, naturalmente), y era grande porque los Chapman tenían varios hijos e hijas de muy diversas edades, desde Brownie, de dos años, como Alda, y Steve, de nueve, como Renato, hasta la hija mayor que tenía un título universitario [...]	Blanco Aguinaga, Carlos: De mal asiento. Madrid: Caballo de Troya, 2010.
BE-RAE 40	Julia no habría sido capaz de contarle a nadie lo que sucedía porque ni siquiera ella lograba ponerlo en pie. Durmió algunos días en una pensión, después <b>alquiló</b> un piso pequeño.	Gutiérrez, Pablo: Democracia.



COMBIDIGILEX  
**ALQUILAR – BELLETRISTIK**

		Barcelona: Seix Barral, 2012.
BE-RAE 41	[...] la madre del dueño. Mi novia y yo dijimos que sí con la barbilla y al día siguiente el dueño, que se llamaba Alejandro, me llamó por teléfono y yo le dije que no íbamos a pagar novecientos euros y él me dijo -"te voy a ser sincero", dijo- que no pensaba <b>alquilarlo</b> por menos de ochocientos cincuenta y a mí me pareció una gran victoria porque nunca en mi vida había negociado nada, ni con un casero ni con nadie. La gente contaba historias formidables de sus negociaciones con los caseros. A mi amigo Elmar y a Fernando les habían rebajado el alquiler porque habían puesto un andamio [...]	San Basilio, Fernando: Mi gran novela sobre La Vaguada. Madrid: Caballo de Troya, 2010.
BE-RAE 42	[...] a pesar de la algarabía que recorría la calle, o precisamente a causa de ella, la casa de Mercaderes parecía un cementerio habitado por una familia de fantasmas. Mientras preparaba la comida, papá César, no pudiendo soportar más tanto silencio, se quitó el mandil, apagó los fogones y decidió echar la casa por la ventana: <b>alquiló</b> un coche en la calle del Obispo y nos llevó a Elisa, a mamá Benilde y a mí al puerto a ver zarpar el barco. Era la segunda vez que yo montaba en coche. Cuando sea mayor quiero ser cochero, pensaba viendo pasar las fachadas de las casas, observando las caras pintadas de los esclavos [...]	Serra Manzanares, Berta: Los ojos del huracán. Barcelona: Anagrama, 2008.
BE-RAE 43	[...] a aquellas horas, ¿qué otra cosa, qué otra emoción, de no ser el amor, podía evocarse? «¿Eres feliz, Isabel?», preguntó. «¿Feliz? —replicó Isabel—, estoy excitadísima, me encantaría, ¿sabes qué?: que en lugar de bajar a cenar <b>alquiláramos</b> un coche y nos largáramos, carretera adelante, la noche entera sin parar, ¿qué te parece?» «Pero, Isabel, tendremos que dormir en algún sitio.» «No podría pegar ojo. Lo que menos deseo es acostarme.	Pombo, Álvaro: Una ventana al norte. Barcelona: Anagrama, 2004.
BE-RAE 44	Yo mandé colocarlas en el hall, al pie de la escalera principal. Y me escondí detrás de una cortina. Bueno, los ángeles, los arcángeles, los serafines, los santos, los huéspedes - de vez en cuando <b>alquilo</b> habitaciones para equilibrar el presupuesto...- qué escándalo, qué comentarios, no puedes imaginarte. Enrojecí de vergüenza. ¡Y si hay algo que yo no me puedo permitir es el color rojo!	Gómez-Arcos, Agustín: Interview de Mrs. Muerta Smith por sus fantasmas. Madrid: Centro de Documentación Teatral, 1991.

BE-RAE 45	[...] situación registrase modificaciones de relieve. Era cierto que había publicado algunos artículos, pero no le quedó otra alternativa que firmarlos con pseudónimos y nombres supuestos. No faltaron compañeros que supieron sacar partido de la oportunidad; <b>alquilaron</b> sus servicios por turnos y por horas, para que supervisara o cerrase ediciones especiales, nocturnas con preferencia, labor que él desempeñaba paciente, con espíritu conciliador que en seguida valoraron los componentes de talleres, los redactores y los colaboradores [...]	Satué, Francisco Javier: La carne. Madrid: Alfaguara, 1991.
BE-RAE 46	<b>Alquiló</b> un coche en el mismo aeropuerto. Condujo hasta Inca, donde se paró a comer algo. Tenía que tomar el desvío hacia Santa Margalida. Nueve kilómetros de distancia le alejaban del pueblo. Llubí aparecía tras las curvas de una carretera bordeada por árboles.	Janer, María de la Pau: Pasiones romanas. Barcelona: Planeta, 2005.
BE-RAE 47	Había visitado la isla italiana el verano que cumplió veinte años, de eso hacía quince. Entonces también había viajado solo, en contra de la voluntad de sus padres, y se había quedado tres meses trabajando a bordo de un velero <b>alquilado</b> por turistas con demasiado dinero y ningún conocimiento de navegación. Ese verano había sido feliz, había días en que el velero no se alquilaba y podían navegar tranquilos. La tripulación se reducía a la mínima expresión, así que todos hacían de todo, desde fregar los suelos hasta plegar las velas.	Casanovas, Anna: Fuera de juego. Madrid: Harlequín Ibérica, 2015.
BE-RAE 48	San Isidro los papeles revolucionarios, Picornell se refugió en la calle Hortaleza, en casa de un ebanista comprometido en la conjura. La noche del 1 de febrero la pasó en la misma taberna de la Plazuela de Lavapiés y al día siguiente <b>alquiló</b> un cuarto en la calle de Buenavista.	Fajardo, José Manuel: La epopeya de los locos. Barcelona: Seix Barral, 1990.
BE-RAE 49	Allí compraron con la tarjeta de crédito de Vidal un reproductor portátil de DVD (cogieron el mejor) y eligieron las siguientes películas: Poltergeist, Aloha From Hawaii (De Luxe Edition), El exorcista (la versión del director), y El mago de Oz. Se fueron a la playa, <b>alquilaron</b> dos toldos de color verde y cinco hamacas (cuatro para ellos y una para el reproductor), y debajo de los toldos conectaron el DVD y pusieron Aloha From Hawaii y ya se pusieron a bailar con la voz de Elvis, que cantaba How Do You Think I Feel, pero lo hacían torpemente y chocaban con el laberinto	Vilas, Manuel: Aire nuestro. Madrid: Alfaguara, 2009.



COMBIDIGILEX  
**ALQUILAR – BELLETRISTIK**

BE-RAE 50	[...] extensísima que se publicó en todos los diarios se les pedía que llamaran de inmediato al 091 o que acudieran a la comisaría de policía o al cuartelillo de la Guardia Civil más próximo en caso de que hubieran observado "grupos de dos o más personas ajenas a su localidad en las últimas dos semanas", o si ese tipo de personas hubiera <b>alquilado</b> alguna vivienda en los últimos dos meses, o si algunas personas jóvenes, "que no fueran clientes habituales" hubieran comprado "aparatos de calefacción eléctrica o cambiado bombonas de gas butano". O si se fijaban en "humo en las chimeneas de viviendas o chalets aparentemente cerrados" o si llamaban su atención "vehículos	Martín, Andreu: «El pájaro está en la jaula». Jiménez, Rafael: Barcelona negra. Barcelona: Planeta, 2009.
BE-RAE 51	[...] el novio de mi madre y, en esta ocasión, mi padre se refugió en casa de su hermana. A finales de agosto, tuvo que desaparecer una última vez, mientras mi madre y yo recibíamos a su novio y, unos días más tarde, nos marchábamos los tres al País Vasco, donde estaba la casa que habíamos <b>alquilado</b> . Iríamos en tren nocturno, con el descapotable del novio de mi madre en el tráiler. Estuve con mi padre todo el último día, hasta que por la tarde regresé a casa para ir a la estación.	Giralt Torrente, Marcos: «Última gota fría». El final del amor. Madrid: Páginas de Espuma, 2011.
BE-RAE 52	[...] mis dos hijos, de dos y siete años, y un amigo del mayor. No llevábamos el remolque con el pequeño velero de mi marido, que, junto con los perros, se incorporó a nuestro viaje, también con avería, del siguiente año, cuyo punto de destino fue el más lejano de todos -habíamos <b>alquilado</b> una casa al borde del arenal de Abelleira, junto a la ría de Muros-, y que fue uno de los veranos más tranquilos y felices de aquella época. Pero en esta ocasión nos dirigíamos a la casa familiar.	Puértolas, Soledad: «Música». Compañeras de viaje. Barcelona: Anagrama, 2010.
BE-RAE 53	-Con las gafas y el pelo recogido no me reconocerán -barruntó-. Iré hasta el escondite de Oskar y lo recogeré. Luego <b>alquilaremos</b> un coche y pondremos rumbo a Dresde. Es la ciudad más cercana de las que cuentan con aeropuerto.	Ruiz, Luis Manuel: Obertura francesa. Madrid: Santillana, 2002.
BE-RAE 54	Los dos gobiernos no se han puesto de acuerdo, y mientras tanto los marinos rusos han perdido las casas que tenían asignadas en Bakú. El gobierno de Moscú les iba a trasladar a su país, pero se dio cuenta de que si lo hacía perdería la nave. Con el sueldo que les pagan no pueden <b>alquilar</b> una vivienda, así que el comandante y los oficiales han tenido que instalarse en el barco con sus familias.	Dezcallar, Rafael: Seda negra. Barcelona: Ediciones Destino, 2009.



COMBIDIGILEX  
**ALQUILAR – BELLETRISTIK**

BE-RAE 55	-Puedes <b>alquilar</b> tu casa de Madrid y viajar a España una vez al mes para conservar a tus clientes. -Sergio seguía trazando sus planes para mí-. Considéralo como algo temporal. Una especie de paréntesis... no tienes por qué quedarte en Roma para toda la vida, pero unos meses aquí pueden ser una buena [...]	Rivera de la Cruz, Marta: En tiempo de prodigios. Barcelona: Planeta, 2006.
BE-RAE 56	un poco más. El hombre se mete las doscientas pesetas en el bolsillo trasero del pantalón. Parece de fiar. Lucas Naranjo le quita el capuchón a la Parker. El arrendador arranca tres hojas del calendario y escribe tres veces con letra picuda su nombre y apellidos, la cantidad percibida y la dirección de la casa que <b>alquila</b> . Tres copias, una para cada uno. Manuel Merchán ensaya su rúbrica torpe en el reverso del mes de agosto. El amigo cordobés firma con tres aspas en el borde del papel, tres cruces acobardadas.	Merino, Olga: Espuelas de papel. Madrid: Alfaguara, 2004.
BE-RAE 57	[...] sí, hija, tienes razón, de eso no se acuerdan... Y desde luego, la calidad también ha bajado, yo lo sé bien, que he trabajado en tantas obras... Y en los de segunda mano ofrecen cualquier cosa a precio de oro, y eso no es honrado, me parece a mí, que venden o <b>alquilan</b> como pisos habitaciones de treinta metros, con cocinas sin ventilación, o baños sin reformar en treinta años, que no funciona ni la cisterna... Así que, hija, me parece muy bien, nosotros encantados de que te quedes, y si algún día te vas, pues ya sabes dónde estamos para lo que sea [...]	Laforet, Silvia: Dónde puedo alquilar una primavera. Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2015.
BE-RAE 58	[...] las reglas que existían para lugares públicos sometidos a un deber estricto de vigilancia. (El dueño de una discoteca podía no ser el causante del incendio que acababa con sus ocupantes pero debía responder si los extintores o las salidas de emergencia no funcionaban. Si alguien controlaba y cobraba el acceso a un parque temático, y <b>alquilaba</b> el tenderete en que otro vendía un arma, no podía excusarse diciendo que él no disparó al turista.)	Sombra Macarrón, Víctor: Aquiescencia. Madrid: Caballo de Troya, 2012.
BE-RAE 59	[...] de ese apartamento, un edificio más allá pero justo enfrente de él, iba a enfadarse mucho. Ella pensaba espíarlo. Decidida a poner un broche de oro a ese cursum perficio sin retorno que había iniciado al <b>alquilar</b> el sobreático, decidió espíarlo hasta las últimas consecuencias: con un catalejo que compró en una tienda cercana en la que vendían objetos relacionados con la vida en el mar.	García Sánchez, Javier: La historia más triste. Barcelona: Anagrama, 1991.
BE-RAE 60	[...] mujer fuera clavarme un machete para sacarme grasa con la que preparar el unto. El marido de aquella mujer era pescador, y su hijo, que padecía cretinismo y era de mi edad, me espiaba. Nada sensible a las cuestiones sociales y a las desgracias de aquella pobre mujer que se veía obligada a <b>alquilar</b> cuartos para sobrevivir, de mi viaje a Carnota, sólo me	Sanz, Marta: La lección de anatomía.



COMBIDIGILEX  
**ALQUILAR – BELLETRISTIK**

	quedé con el lado siniestro de las películas de terror: con los ojos del cretino, tan parecidos a los del hijo de Antonia que defenestró al perrito de su madre; con los ruidos de los goznes de las puertas y de los golpes de mar [...]	Barcelona: RBA Libros, 2008.
BE-RAE 61	María.- ¿Ya habrán <b>alquilado</b> el piso o todavía es pronto para que lo alquilen?	Martínez Ruiz, Gema: «Seis filloas para mí, seis filloas para ti». Baltés, Blanca... [et al.]: Teatro. Piezas breves. Madrid: Fundamentos, 2001.
BE-RAE 62	Mi pequeño apartamento del punto X de Madrid disponía de treinta y seis metros cuadrados habitables cuando lo <b>alquilé</b> . Ahora tiene sólo veintinueve, porque el espesor de las paredes de la sala principal y del dormitorio ha engrosado casi cuarenta centímetros debido a los muebles archivadores que tengo distribuidos por el piso. Mis fichas están organizadas por dos letras y un número.	Muñoz Rengel, Juan Jacinto: El asesino hipocondríaco. Barcelona: Plaza & Janés, 2012.
BE-RAE 63	Caminaron lentamente buscando el lugar donde él se había alojado la vez anterior. Era una casa básica, casi vacía, y con una gran azotea, porque en aquellos años todavía no había hoteles, excepto el de los rusos. A cambio de unas pocas rupias, él y su amigo comían con la familia que se la <b>alquilaba</b> ; habían llegado a ese acuerdo. Todo fue bien hasta que por azar descubrieron que los perros de la calle eran los que se ocupaban de lavar sus platos, que luego la señora de la casa remataba con un poco de agua y arena.	García Soubriet, Sonia: «El viaje». La desesperación del león y otras historias de la India. Palencia: Menoscuarto, 2014.
BE-RAE 64	No había mesa en la buhardilla. Sólo un armario, un viejo y gran espejo, y un colchón en el suelo. Dos semanas después de <b>alquilar</b> aquella chambre, fui una mañana de domingo con Javier Grandes al Marché aux Puces y compré una desahuciada y carcomida mesa de madera que me costó ochenta francos y que con la ayuda de Javier trasladé en metro hasta mi chambre. Dejé aquel día de ser un escritor sin escritorio.	Vila-Matas, Enrique: París no se acaba nunca. Barcelona: Anagrama, 2003.



COMBIDIGILEX  
**ALQUILAR – BELLETRISTIK**

BE-RAE 65	[...] la guitarra y la gran fatiga acumulada se lo impedían, pues, como alegó, había pasado la noche en vela. Una joven, una admiradora, una belleza, se había presentado en su habitación con un álbum de autógrafos, y era tan simpática que luego se habían ido juntos al distrito de los canales, donde <b>alquilaron</b> dos piraguas, cada una con su remero. En una de las piraguas iban ellos, tumbados, con una neverita llena de botellas de cerveza y una linterna colgada de la proa para iluminar el agua: los peces se asomaban al charco de luz y boqueaban, echándoles besos; y en la otra piragua [...]	Vidal-Folch, Ignacio: Turistas del ideal. Barcelona: Destino, 2005.
BE-RAE 66	[...] y el puenting es una de las pocas cosas que le quedan por experimentar para demostrar al mundo que "un minusválido puede hacerlo absolutamente todo". Todos sus amigos -Piti, Mina, Mery, Zanahoriak y Eneri- con Charlie a la cabeza, más su hermana Ofelia, emprenden la aventura en aquella furgoneta <b>alquilada</b> el 2 de abril de 2009. Se dirigen al puente más emblemático de la zona para satisfacer de sobra los retos caprichosos de Tania con i®: la musa de los desvalidos. El puente del Hacho, situado en Guadahortuna (Granada), con 50 metros de altura y diseñado por Gustave Eiffel -todo un símbolo de la sensual [...]	Rubio, Enrique: Tania con i®, 56. <sup>a</sup> edición. Barcelona: Destino, 2011.
BE-RAE 67	Nada más llegar a Marbella <b>alquilé</b> una Vespa, como en Vacaciones en Roma, y cuando la probé me acordé de las veces que mi padre me había prohibido de chaval comprarme una.	Vázquez, Jorge Javier: La vida iba en serio. Barcelona: Planeta, 2012.
BE-RAE 68	[...] acababan invariablemente por no fijarse en nada. Sí era, sin embargo, extraño que nunca hubiese asistido al curioso episodio el escritor y periodista Rafael Peral, aunque lo conocía más que de sobra porque su padre era un viejo amigo del doctor y su casa familiar estaba justo enfrente, pero la cotidiana escena había empezado después de que él <b>alquilara</b> piso propio a su vuelta de Granada, no era el Paseo central zona que frecuentase con su grupo en las largas noches que tan a menudo remontaba y, además, no le había llamado la historieta especialmente la atención hasta hacía unos días	Naveros, Miguel: Al calor del día. Madrid: Alfaguara, 2001.
BE-RAE 69	-Sí, su habitación. Han entrado y lo han revuelto todo. También han rajado el colchón y la funda del silloncito. Tenemos cajas de seguridad. Si traía algo de valor con usted habría sido mejor que <b>alquilara</b> una.	Sánchez, Clara: Lo que esconde tu nombre. Barcelona: Destino, 2010.

BE-RAE 70	<p>Mes y medio después, a partir de la documentación falsa con que había <b>alquilado</b> el coche, y que pudieron vincular con otros de sus movimientos, los Carabinieri identificaron, en términos de probabilidad, al segundo sicario: Mario Pizzo. Cuando la gente de Menéndez le mostró su fotografía al personal del hotel donde se había alojado Petrella, lo reconocieron sin género de dudas como la persona que le acompañaba.</p>	<p>Silva, Lorenzo: Los cuerpos extraños. Barcelona: Destino, 2014.</p>
BE-RAE 71	<p>La discusión continuó el resto de la tarde, pero Cris comprobó que el viaje era inevitable. Su hermana había planificado ya hasta el último detalle. Los billetes a Madagascar estaban comprados, la goleta <b>alquilada</b> para todo un año. Y ella no se había enterado de nada.</p>	<p>Monegal, Ramón: La perfumista. Barcelona: Planeta, 2012.</p>
BE-RAE 72	<p>Camargo tenía a su mujer en España; Mattarena, a su marido en la isla de Pascua. Nada podía detenerlos. Juntos habían viajado al sur del país chileno en jornadas en las que el magnate se las arregló para no recibir llamadas y dedicar todo su tiempo a complacer a su amante. <b>Alquiló</b> avionetas para sobrevolar los volcanes y coches que avanzaban por interminables carreteras hacia los glaciares del fin del mundo. Un feliz, ora exultante, ora relajado, Camargo había recuperado su pasión por la naturaleza, la alegría de ver amanecer o, al caer la noche, el placer de tumbarse en la hierba silvestre [...]</p>	<p>Bolea, Juan: La melancolía de los hombres pájaro. Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2011.</p>
BE-RAE 73	<p>[...] puños sobre la mesa y dijo: «Estoy muy enamorado, ¿sabes? Mucho». Casi sonó amenazador. Luego dijo que iba a cometer el mayor acto de amor que jamás había hecho. Una auténtica locura, dijo. Algo espeluznante. Dejará a Romeo a la altura de un amateur. Y también: «Voy a <b>alquilar</b> una avioneta con un letrado donde escribiré que quiero casarme con Ella». Y luego: «Es broma, yo no soy de esos». Y lanzó una carcajada que hizo al resto de los agentes girar la cabeza hacia mi cubículo. Por lo visto, aquel tipo acababa de recibir una generosa cuantía como adelanto [...]</p>	<p>Rodríguez Soria, Antonio José: Fresy Cool. Barcelona: Random House Mondadori, 2012.</p>
BE-RAE 74	<p>Maite y Elena se comieron todas las pastas, que mojaban un poco en el chocolate, y luego dieron buena cuenta de los famosos pastelillos rusos de Nevada. No paraban de parlotear, hablaban de los pisos que habían ido <b>alquilando</b> para pasar los meses de verano, de las ventajas de unos y de los inconvenientes de otros, de los veraneantes de toda la vida, cómo vestían, qué opinaban de una cosa o de otra.</p>	<p>Puértolas, Soledad: Cielo nocturno. Barcelona: Anagrama, 2008.</p>

  
 COMBIDIGILEX  
**ALQUILAR – BELLETRISTIK**

BE-RAE 75	[...] según tu criterio, que es muy elemental porque se basa en los libros y no en la vida. Y es que eres tonta, hermana. Todo lo que tú te esforzaste en aprender puede comprarse. Hay ricos en Tebas que saben menos que yo. En lugar de quemarme los ojos aprendiendo a pasar cuentas, <b>alquilo</b> un escriba y me las pasa él.	Moix, Terenci: El arpista ciego. Una fantasía del reinado de Tutankamón. Barcelona: Planeta, 2002.
BE-RAE 76	[...] mi donaire, encajé sin el menor problema en este sano ambiente. Era conocido, respetado y muy apreciado en el barrio. Los padres me pedían consejo sobre el futuro de sus hijos, los comerciantes sobre la marcha de sus empresas, los pensionistas sobre la forma de invertir sus haberes. Aprovechando una buena ocasión, <b>alquilé</b> un apartamento algo angosto y mal ventilado, pero cercano a la peluquería. Más tarde adquirí de segunda mano una nevera y un televisor. Para recuperar tantos años de atraso, me suscribí a unos cursos de cultura general por correspondencia.	Mendoza, Eduardo: La aventura del tocador de señoras. Barcelona: Seix Barral, 2001.
BE-RAE 77	Maza. -El día 25 de febrero Time y Life publican reportajes sobre la desaparición de Galíndez y sus consecuencias ulteriores (Anejo nº 4) dando a entender que Murphy trajo al primero a la República Dominicana secuestrado en un avión <b>alquilado</b> para tal fin. Sin darle estas noticias -que indudablemente no conoce- se advirtió reiteradamente a Rúa que había una enorme atención internacional sobre el caso de su yerno y que extremase toda prudencia [...]	Vázquez Montalbán, Manuel: Galíndez. Barcelona: Seix Barral, 1993.
BE-RAE 78	[...] a ocasionarle males mayores. Las botellas seguían saliendo de los talleres del convento en número más que suficiente y las ganancias de aquellos años le habían permitido comprar dos casas de campo, en Saint-Pierre d'Yrubi, que <b>alquilaba</b> durante el buen tiempo.	Fajardo, José Manuel: La epopeya de los locos. Barcelona: Seix Barral, 1990.
BE-RAE 79	[...] fantásticas que tengo después de tantas cenas y fiestas que hemos celebrado en casa. Javier en esto era muy perfeccionista y, bueno, como yo también lo soy, nunca me ponía límites a la hora de comprar objetos y menaje que deslumbraran a sus amigos, o sea, a vosotros. Si puedo lo venderé, pero de momento tengo intención de <b>alquilarlo</b> ; justamente quería hablar de esto con Nuria, pero a «mis amigas», como tú, si venís directamente a mí os haré un precio especial, os saldrá mucho más barato seguro.	Mora, Soledad: ¡Hasta luego, cocodrilo!. Madrid: Ediciones Planeta, 2015.

BE-RAE 80	- Entonces tienes que reducir gastos; no queda otra, Paula. Por un lado podríamos <b>alquilar</b> a una empresa de comidas la gestión de la Fonda y a otra, el transporte. Pero, además, es una locura mantener dos viviendas.	Viejo, Teresa: La memoria del agua. Madrid: Martínez Roca Ediciones, 2009.
BE-RAE 81	- Su primo Juan le <b>alquiló</b> un piso. Él actuaba también un poco como tutor suyo. Hasta que ella se casó, claro. Tenga usted en cuenta que ella no hubiese podido venir a España por su cuenta, al menos hasta haber cumplido los veintiuno-	José, Eduard: Buster Keaton está aquí. Madrid: Ediciones Libertarias, 1991.
BE-RAE 83	Ya en México, <b>alquilamos</b> un apartamento en la calle de Tíber, Colonia Cuauhtémoc, y volvimos a la familia, ahora con los dos bandos contentos de tenernos cerca. Igual de buena fue la vuelta a la relación con los amigos, los de mi adolescencia y de Iris, los de la facultad y de Presencia [...]	Blanco Aguinaga, Carlos: De mal asiento. Madrid: Caballo de Troya, 2010.
BE-RAE 84	No quedaba más que esperar. Y la espera dio sus resultados. Justo un mes después del crimen, Aurelio había regresado a Sevilla y se dejaba ver por la zona centro, donde había <b>alquilado</b> un apartamento.	García, José Luis: «Una "vendetta" muy castiza». Crónica en negro. Sevilla: RD Editores, 2012.
BE-RAE 85	[...] por eso, es decir por el buen funcionamiento de su recinto, hace algunos años se promovió el modelo Espinosa entre los responsables de los otros camposantos. Aún no había ocurrido lo del ático con vistas a la necrópolis, así que nuestros superiores organizaron un homenaje en reconocimiento a su labor, y pusieron tanta ilusión en el proyecto que incluso <b>alquilaron</b> el salón de actos de un gran hotel, invitaron al grueso de los trabajadores y grabaron el nombre del sepulturero en una placa cuya tipografía, sin duda por deformación profesional, recordaba más a un epitafio que a un diploma.	Colomer, Álvaro: Mimodrama de una ciudad muerta. Madrid: Ediciones Siruela, 2004.

  
 COMBIDIGILEX  
**ALQUILAR – BELLETRISTIK**

BE-RAE 87	Alejandro llamó a Miranda desde el coche, de vuelta a casa. El grupo había <b>alquilado</b> una vivienda cerca de los estudios de grabación, que compartían los cuatro. El acuerdo a menudo generaba discusiones, pero resultaba muy práctico cuando se ponían a trabajar en una canción.	Casanovas, Anna: Sin miedo a nada. Barcelona: Esencia, 2013.
BE-RAE 88	[...] es el chico, debe de hacerlo volcando sobre esos tambores y platillos todo el odio que la gente de su edad tiene hacia la sociedad. Y así nos va a los vecinos. Pero también es cierto que pasan mucho tiempo fuera. Otro enigma. ¿De qué viven? Sospecho que ese apartamento se lo <b>alquilan</b> sus padres. O eso o empiezo a pensar en cosas más preocupantes. Alguna vez que me crucé con ellos en la acera me sorprendió el rutilante brillo de sus ojos, la sonrisa boba y una expresión falsa pero inevitablemente beatífica que no produce otra impresión que la que en verdad dan: llevan encima un soberano pelotazo [...]	García Sánchez, Javier: Dios se ha ido. Barcelona: Planeta, 2003.
BE-RAE 89	-Estando soltero no te <b>alquilarán</b> nada. ¿Y tienes novia? ¡No! -alegó Jan, y remachó rencorosamente-: ¡Rompiste con mi hermana!	Vidal-Folch, Ignacio: «¿Por qué dejaste Ingenieros y te metiste a conductor de tranvías?». Noche sobre noche. Barcelona: Ediciones Destino, 2009.
BE-RAE 90	Su padre también cantaba: «A beber, a beber y apurar las copas de licor que el vino hará olvidar las penas del amor», cuando algunos domingos <b>alquilaban</b> bicicletas cerca del paseo de Rosales, y también les esperaba leyendo el periódico en un banco mientras ellos pedaleaban por el parque del Oeste. De regreso les invitaba a una ración de gambas con gabardina y a un refresco para los tres en una tasca de la calle de los Reyes.	Chozas, Mercedes: Las horas náufragas. Madrid: Calambur, 2006.
BE-RAE 92	Lo <b>alquilo</b> en el aeropuerto y paso a recogerte, así no te tienes que preocupar. -A aquellas alturas la voz de Gaspar al teléfono ya era conocida en la casa de Fingal-. Es sólo un pequeño viaje, no te distraerá.	Castro, Luisa: La segunda mujer.

		Barcelona: Seix Barral, 2006.
BE-RAE 93	Hizo su petate en medio del silencio de su nuevo hogar. Hacía poco que había <b>alquilado</b> el piso de abajo para disponer de su propio espacio. Ni siquiera había colocado cortinas; cualquier ruido resonaba con fuerza. Ya tenía allí toda su ropa y lo iba llenando poco a poco. Una mesa, unas sillas, una cama... No necesitaba mucho. Todavía se le hacía raro vivir en un piso idéntico al que [...]	Vidal, Andrés: El sueño de la ciudad. Barcelona: Planeta, 2012.
BE-RAE 94	Y por eso cuando lo pienso me da nostalgia, porque iban a ser tan bonitas que cuando me doy cuenta de que aún no han pasado y de que a lo mejor no pasan nunca me pongo supertriste. Supertriste, tía. Pero es como una tristeza a cuenta, como la fianza de cuando <b>alquilas</b> una casa pero con tristeza, no sé si me explico, que la pones por delante porque total sabes que la vas a acabar utilizando igual.	Léon de Aranoa, Fernando: Princesas. Madrid: Ocho y Medio, 2005.
BE-RAE 96	Naciones Unidas los días que la señora Dols no tuvo más remedio que acudir a los suyos, es decir, miércoles y viernes, y aunque tenía que regresar a Madrid el sábado a primera hora, prolongó sin problemas su estancia un día más, trasladándose desde el hotel con su corto equipaje hasta el pequeño apartamento que Alba tenía <b>alquilado</b> cerca de la sede de Naciones Unidas. Y, aunque las urgencias del amor no les dejaron demasiado tiempo para paseos o paisajes, el pequeño Renault de la Dols los llevó aquel domingo por la ribera del lago, plagada de pueblos, todos ellos preparados para salir en las postales.	Leguina, Joaquín: La luz crepuscular. Madrid: Alfaguara, 2010.
BE-RAE 97	María.- ¿Ya habrán <b>alquilado</b> el piso o todavía es pronto para que lo alquilen?	Martínez Ruiz, Gema: «Seis filloas para mí, seis filloas para ti». Baltés, Blanca... [et al.]: Teatro. Piezas



COMBIDIGILEX  
**ALQUILAR – BELLETRISTIK**

		breves. Madrid: Fundamentos, 2001.
BE-RAE 98	Ese día no pasé por la casa en que <b>alquilábamos</b> la cocina. Corrí desde la estación a la cárcel. Necesitaba saber. Esperé en vano en la puerta hasta que llegó el turno de visitas y escuché su nombre. Entonces entré en el locutorio y no supe cómo explicar	Chirbes, Rafael: La buena letra. Madrid: Debate, 1995.
BE-RAE 99	[...] un piso antiguo, dividido en varios apartamentos; éste, a su vez, subdividido por mí. En la parte de delante están mis habitaciones privadas. Allí sólo entro yo y quien yo decido. La otra parte del piso, donde ahora nos encontramos, la destino a oficinas. La decoración te parecerá escasa. En realidad, <b>alquilo</b> el mobiliario en función de la operación mercantil que llevo a cabo. Así me adapto mejor a las características de cada cliente. Si son extranjeros, modernismo catalán; si son catalanes, diseño italiano. A veces con un tatami me arreglo. Pero esto no hace al caso. ¿Puedo ofrecerte algo?	Mendoza, Eduardo: La aventura del tocador de señoras. Barcelona: Seix Barral, 2001.
BE-RAE 100	[...] en las manos sujetaba un ramo poco nupcial de claveles o de flores parecidas. El hombre, con la piel de color café, muy guapo, tenía un bigotito fino y miraba a la cámara desafiante, orgulloso, con esa prestancia algo arrogante que tienen algunos infelices en sus grandes ceremonias. El traje negro, seguramente <b>alquilado</b> o prestado por alguien, le caía con tanta apostura sobre el cuerpo que Markus se acercó a examinar el cadáver para comprobar qué se había hecho de toda esa belleza.	Martín, Luisgé: Los amores confiados. Madrid: Alfaguara, 2005.
BE-RAE 101	-Lo digo -sonríe- porque he preguntado y hay un cuarto individual, con baño aparte, que no se usa. A mí no me lo <b>alquilan</b> , pero les he hecho ver que usted es una señorita y que no está bien que la tengan ahí metida, en ese pasillo... con ésos.	Cerezales, Agustín: Mi viajera. Ciervos errantes y tigres invisibles. Madrid: Alfaguara, 2001.
BE-RAE 102	Los dos policías, que pronto vieron que seguramente se habían equivocado, acabaron invitándome a que les acompañara hasta mi buhardilla de la rue Saint-Benoît (la que yo, tratando de que supieran que estaba relacionado con una persona importante, les había dicho que me había <b>alquilado</b> Marguerite Duras) y comprobar allí sobre el terreno que	Vila-Matas, Enrique: París no se acaba nunca. Barcelona: Anagrama, 2003.

	efectivamente no fabricaba bombas y sólo era, tal como les decía, el inocente escritor de una primera novela titulada La asesina ilustrada.	
BE-RAE 104	[...] la gente hacía cola para acudir a visitar aquel paraje insólito construido en las inmediaciones del cabo Machichaco. Como realidad empresarial aquello empezó a funcionar a las mil maravillas, de forma que en unos cuantos meses ya se había recuperado vía ingresos de explotación y merchandaising un tercio del capital invertido. La gente acudía en coche, andando o en bicicleta. <b>Alquilaba</b> todoterrenos y se adentraba a quemar gasolina dando saltos por las dunas. Algunos caminaban por el paraje, otros comían de picnic entre serpientes de cascabel e incluso había quienes al caer la tarde, subyugados por la luz del crepúsculo rielando en la arena, se animaban a hacer el amor sumergidos en las dunas.	Royuela, Fernando: «El desierto de Barriola». El rombo de Michaelis. Madrid: Alfaguara, 2007.
BE-RAE 105	[...] no es que fuese una belleza, aunque tenía una expresión limpia y alegre, y unos ojos negros preciosos. Y, aunque eso cambiaba muy rápidamente en algunas razas, un cuerpo aún ligero pero con caderas y pechos muy marcados. Al menos la chica no había caído en la tentación de ganar dinero supuestamente rápido <b>alquilando</b> ese cuerpo aún joven, casi su único activo. Olivia seguro que no haría una cosa así. En eso habían tenido suerte: era una chica quizá no muy inteligente, pero sí muy honesta. Una mujer muy buena, les había dicho Julián, cuando le comentaron que necesitaban una chica para ocuparse de Bertita [...]	Ovejero, José: Nunca pasa nada. Madrid: Alfaguara, 2007.
BE-RAE 106	[...] y dejó la bolsa en el que iba a ser su dormitorio. A pesar de que, tal como le había advertido Sofía, las comodidades escaseaban en la villa, tenía una cama, y eso era cuanto él necesitaba. Solucionaron el resto de temas formales y las dos mujeres lo llevaron de vuelta a la ciudad, donde Ben <b>alquiló</b> una motocicleta para realizar esos trayectos durante su estancia pues el coche de alquiler lo había devuelto hacía días. Era una Vespa blanca con la que se sentía muy cómodo, y cuando se montaba en ella y conducía por las curvas de la carretera de Porto Cervo no podía evitar sonreír.	Casanovas, Anna: Fuera de juego. Madrid: Harlequín Ibérica, 2015.
BE-RAE 108	[...] un divertimento para convertirse en una pesada obligación, un trabajo después del trabajo. Aunque ya no íbamos a ser padres, aún queríamos tener dos habitaciones porque queríamos un sitio para escribir y no queríamos dormir en el salón, como hasta ahora y, entonces, en el delirio, durante un tiempo, acariciamos la idea de <b>alquilar</b> una casa con tres habitaciones, de forma que además de un dormitorio común, cada uno tuviera su propio despacho -o sea, dos habitaciones propias o dos torres de marfil, casi un castillo- y el mercado inmobiliario, en una especie de pase de hipnotizador, nos permitió soñar con ello.	San Basilio, Fernando: Mi gran novela sobre La Vaguada. Madrid: Caballo de Troya, 2010.



COMBIDIGILEX  
**ALQUILAR – BELLETRISTIK**

BE-RAE 109	[...] una butaca baja reposaban restos de comida y refrescos sin acabar. Tom y Julia tuvieron una pequeña conversación. Él trabajaba para una compañía de teléfonos desde su casa, revisando y ordenando listados de guías: llamaba a la gente para proponerles el cambio de sus aparatos, también se llevaba una comisión por cada apartamento que <b>alquilaba</b> . Debía de pesar unos ciento cuarenta kilos Tom Wenders. Cuando Julia salió de su casa, con una sonrisa de amigo y una mirada honestísima él le ofreció protección y tranquilidad.	Castro, Luisa: La segunda mujer. Barcelona: Seix Barral, 2006.
BE-RAE 111	[...] o que podría ganar trabajando en Madrid durante un año. Ricardo, además, hizo con él un pacto: le adelantó la mitad del dinero que le debía a los prestamistas para que negociara con ellos un aplazamiento razonable. Elías saldó una parte de la deuda, aceptó las condiciones abusivas de refinanciación y estableció la paz. <b>Alquiló</b> un piso pequeño y desastrado —el que yo conocí algunos años después—, recuperó algunos de los muebles abandonados en la última casa y comenzó su nueva vida.	Martín, Luisgé: La vida equivocada. Barcelona: Anagrama, 2015.
BE-RAE 112	LAURITA Sí, hemos <b>alquilado</b> una casa allá por Lavapiés. Naturalmente papá y tú nos tendréis que ayudar.	Marsillach, Adolfo: Feliz aniversario. Madrid: SGAE, 1992.
BE-RAE 113	Con la venta de la casa del Carmen y de algunos cuadros de mi madre he conseguido reunir una buena suma de dinero. Lo primero que he hecho nada más volver ha sido <b>alquilar</b> el apartamento y encargar algunos arreglos. Apenas quedan tres o cuatro días para que tiren la casa. Tengo que darme prisa en empaquetar los libros y el resto de cosas que trasladaré hasta el que será mi nuevo hogar.	Cancho, José Luis: Lento proceso. Madrid: Papeles Mínimos Ediciones, 2013.
BE-RAE 114	[...] no nos parezca una acción propia de él, siempre tan reservado. Sin embargo, no se ha hallado ninguna otra explicación plausible. Además, dejar pertenencias en las consignas de la Estación Central de Budapest era una práctica común. Muchas personas utilizaban ese servicio durante el tiempo que duraban sus ausencias. En aquella época, para <b>alquilar</b> una consigna ferroviaria húngara no era necesario dar el nombre. Bastaba con un comprobante numerado. Así que resultaría infructuoso buscar los datos del doctor eslovaco en el meticuloso registro de la compañía.	Bosch, Lolita: «Pingüinos». Tres historias europeas. Madrid: Caballo de Troya, 2005.

BE-RAE 117	Me lo relató el encargado de un cine. A él se lo había contado el chico de la cabina. Las distribuidoras <b>alquilaban</b> las películas en paquetes cerrados, las buenas junto a las malas, de modo que el exhibidor estaba obligado a proyectar también las que el público rechazaba. Una noche entraron en la sala dos o tres espectadores que a la media hora se habían marchado incapaces de soportar la película. El operario de cabina, que se había dormido,	Aparicio, Juan Pedro: «Una película muy aburrida». El juego del diábolo. Madrid: Páginas de Espuma, 2008.
BE-RAE 119	Sin medio de transporte, caminaron entre viñedos y olivos hasta la localidad de Boudnib, donde el guía se las arregló para <b>alquilar</b> un viejo camión con el que continuar la marcha hacia el norte por las carreteras del interior. El fascinante paisaje de la cordillera del Atlas causó una gran sensación al grupo. Las montañas semejabán triángulos irregulares recortados en el horizonte con el vértice apuntando al cielo.	Sánchez Vigil, Juan Manuel: El amuleto yoruba. Madrid: Alfaguara, 2010.